



ZTF-FCT
Zientzia eta Teknologia Fakultatea
Facultad de Ciencia y Tecnología

SÔKRÁTÊS

Primer Premio de la VIII Edición (1996)

Oscar Fariña Martínez



SÔKRÁTÊS

«Si el ojo pudiera ver a los demonios que pueblan el universo, la existencia sería imposible».

Talmud, Berakhoth, 6

«De los primeros engendrados, escrito está que esperan al umbral de la entrada, é dicha entrada se encuentra en todas partes é en todos tiempos, ca ellos non conosçen tiempo nyn lugar, sino existen en todo tiempo é en todo lugar, a la ves é syn paresçer, é los ay dellos que tomar pueden diferentes formas é maneras, é revestir una forma dada é un rostro sabydo».

Necronomicon, Abdul Alhazred.

Traducción castellana de principios del siglo XIV.
Archivo Histórico de Salamanca.

Parte 1: Materia

«El alquimista debe ser callado y discreto. No debe revelar a nadie los resultados de sus experimentos. Deberá vivir en una casa particular, lejos de los hombres. Su casa debe tener tres habitaciones consagradas a sus operaciones. Establecerá meticulosamente la duración y el horario de su trabajo. Deberá ser paciente, asiduo y perseverante. De acuerdo con las normas del arte, hará la trituración, sublimación, fijación, calcinación, solución, destilación y coagulación. Deberá poseer suficientes medios económicos para atender a los gastos que requieren tales operaciones».

De Alchimia. Alberto Magno

Lorenzo Hervás se sintió totalmente alejado del mundo al entrar en el gran vestíbulo. El que iba a ser su hogar durante los próximos meses era una enorme casa solariega de dos plantas, todo piedra y madera. Aunque hacía sólo dos semanas que los obreros habían terminado la restauración, el lugar conservaba la atmósfera misteriosa de algo antiguo largo tiempo abandonado.

Quando Lorenzo compró la propiedad, cinco años atrás, la casa no era poco más que una ruina, apenas cuatro paredes desnudas despuntando solitarias entre los árboles, con un tejado desplomado y el interior cubierto de hiedras y maleza. Había costado una pequeña fortuna reacondicionar el viejo caserón, pero había valido la pena. Sería el lugar perfecto para su retiro forzoso.



—¿Señor Hervás?

—Un hombre entró a través del portalón entreabierto de la entrada principal y se acercó a Lorenzo. Vestía con cierta elegancia, en contraste con el aspecto algo desaliñado del propio Lorenzo.

—Soy Manuel Valverde, el arquitecto y capataz de las obras —se presentó mientras estrechaban las manos.— Espero que esté contento con el resultado obtenido.

—Por supuesto. Es tal como me lo imaginaba cuando vi el proyecto por primera vez. Todo se ha llevado a cabo con verdadera maestría.

—Me alegra escuchar eso. Me hubiera gustado mantener un contacto más estrecho con usted durante el desarrollo de la restauración, pero me fue imposible localizarle.

—Estuve... de viaje. Estos dos últimos años han sido temporadas de trabajo intenso.

—Comprendo. He oído hablar de su labor en el proyecto espacial europeo. Es bueno que nuestro país por fin tenga algún representante de verdadera valía en la investigación en el ámbito mundial.

—Le agradezco mucho sus halagos. Sin embargo ya ve que esa posición entraña ciertos sacrificios. En todo este tiempo no he tenido una sola oportunidad de acercarme hasta aquí y comprobar el estado de mi propiedad. Esta es la primera vez que la veo desde el día que la compré.

—Precisamente de eso quería hablarle. Verá, hace cinco meses hicimos un curioso descubrimiento. Entonces traté de comunicárselo, pero no estaba usted en España. Es por eso que en cuanto me enteré que se trasladaba a vivir aquí me apresuré a concertar esta entrevista.

—¿De qué se trata?— preguntó Lorenzo intrigado.

—Descubrimos algo muy curioso. Hay una pequeña bodega excavada bajo la casa, nada fuera de lo común en este tipo de construcciones antiguas; no obstante había un detalle extraño en ella. Un estrecho tramo de una de las paredes de la bodega era diferente, una obra muy posterior al resto. Decidimos echarlo abajo para ver que ocultaba y nos topamos con un pasadizo que conducía a lo que parecía una prolongación de la bodega.

—Parece muy emocionante. Lamento haberme perdido semejante hallazgo. Es curioso, creía haber recorrido toda las estancias de la casa, pero ahora me doy cuenta de que no he visitado esa bodega de la cual me habla.

—Si quiere puedo mostrársela mientras le explico el resto de la historia.

—Una idea excelente. Adelante con ello.



El arquitecto le guió hasta una pequeña portezuela de madera negra, situada tras las escaleras que llevaban al primer piso. Nada más verla Lorenzo se explicó el hecho de que pasara inadvertida durante su primera exploración del lugar. Su tamaño y situación casi la convertían en una entrada secreta.

Valverde sacó de un bolsillo una llave y abrió la puerta. Después se volvió hacia Lorenzo y se la entregó.

—Aquí tiene. Esta es una precaución que decidí tomar cuando hicimos el descubrimiento. Espero que no le importe que me haya tomado la libertad de guardar personalmente la llave hasta este momento, pero quería asegurarme que nadie tuviese acceso a la bodega, a excepción de usted, claro está. Lo comprenderá cuando se lo muestre.

Valverde pulsó un interruptor situado en la pared a su derecha, justo detrás de la puerta. Una pálida luz iluminó unos estrechos escalones de piedra que terminaban en un suelo de cemento. Tuvieron que agacharse al cruzar el umbral.

Bajaron hasta encontrarse en una estancia de reducidas dimensiones y paredes formadas por grandes bloques de granito. En la pared más alejada de las escaleras había otra puerta, metálica y cerrada con un candado. Valverde utilizó otra llave para abrirla y también se la entregó a su acompañante.

—Esto es lo que descubrimos. Se trata de un pasadizo que termina en tres estancias separadas, con entradas en cada pared del corredor.

Mientras Valverde continuaba sus explicaciones caminaron por el angosto túnel a través del cual sólo podían circular de uno en uno. Apenas dieron una docena de pasos en la penumbra cuando llegaron al final. Una solitaria bombilla alumbraba la habitación que tenían enfrente en cuyo interior se detuvo Valverde.

—Las tres habitaciones son exactamente iguales, cinco por cinco metros. El techo y las vigas de madera, como puede ver, están a suficiente altura, unos dos metros.

Lorenzo se asomó al oscuro interior de una de las estancias laterales, pero fue incapaz de vislumbrar algo en las tinieblas.

—¿Por qué no han colocado luces en estas habitaciones?

—No había nada de interés en ellas, sólo polvo y escombros. Pero en la habitación en la que estoy encontramos algo muy distinto. Si me hiciera el favor de entrar...

Lorenzo penetró en el recinto iluminado. A primera vista no vio nada digno de atención: paredes desnudas, piso de cemento, techo de madera oscura y barnizada...



Y entonces su mirada se posó en un nicho abierto casi a ras de suelo en el muro derecho según se entraba. El arquitecto estaba de pie al lado del hueco y señalaba un gran cofre incrustado dentro de la oquedad.

—Aquí lo tiene. Nadie sabe lo que contiene. Todo lo que hay en esta casa pasó a ser de su propiedad en el momento de la compra y por lo tanto no teníamos ningún derecho a moverlo y mucho menos a abrirlo. He de reconocer que fue difícil ignorarlo. Debe de ser muy antiguo.

Lorenzo se agachó frente al cofre y alargó una mano para tocar la superficie polvorienta. Estaba hecho de algún tipo de madera muy robusta, roble probablemente. Los bordes y esquinas mostraban gruesos refuerzos de hierro herrumbroso.

—¿Desde cuándo puede estar esto aquí?— preguntó sin apartar los ojos del misterioso objeto.

Valverde se encogió de hombros.

—¡Quién sabe! La casa en si misma debió construirse a finales del siglo XVII y quedó abandonada a mediados del siglo pasado, pero puede suceder que la bodega fuese parte de alguna construcción anterior. Quizás ya estaba aquí con anterioridad a la construcción del edificio actual. Creo que antes de eso aquí había un pequeño monasterio dominico que fue destruido por un incendio en el siglo XV.

—O sea, que como mínimo el cofre tiene un siglo de antigüedad.

—Sí, estoy de acuerdo. Sea lo que sea lo que contiene ese armatoste puede tener perfectamente cientos de años de antigüedad.

Lorenzo se levantó sonriente. Sus ojos brillaban con rara intensidad.

—Le agradezco mucho todas las molestias que se ha tomado para conservarlo intacto. Realmente no puedo imaginarme un aliciente mayor para adornar mi traslado a este sitio. Casi me parece una especie de regalo del destino.

—Supongo que estará deseando saber que contiene. No le costará mucho sacarlo de ahí, ya que el nicho parece tener una pequeña pendiente. Aunque el cofre parece pesado bastará un tirón para dejarlo en el suelo. El verdadero problema será la cerradura, que parece bastante sólida a pesar del óxido.

—No se preocupe. Me encargaré de abrirlo en cuanto esté totalmente instalado, quizá dentro de unos cinco días.

—¿Le importa si le pido un favor?

—Adelante.

El arquitecto sonrió con franqueza y semejó sentirse algo azorado. De un bolsillo de su traje sacó una tarjeta.



—Bueno...Es que le agradecería mucho que me comunicase que es lo que encuentra dentro del cofre cuando lo abra. Reconozco que la curiosidad me está matando y hasta tenía la esperanza de que se le ocurriera abrirlo hoy. Espero no parecerle un entrometido...

Lorenzo no pudo evitar reírse. Cogió la tarjeta con el teléfono de Valverde.

—Descuide, aunque me temo que sólo contenga libros viejos o ropas podridas. Como mucho se puede esperar que algo de lo que encuentre posea algún valor como antigüedad. No creo que me vaya a encontrar algún tesoro o algo similar.

Valverde sonrió.

—Nunca se sabe, nunca se sabe. En el cielo y en la tierra hay más de lo que pueda soñar nuestra filosofía.

Lorenzo se despertó en medio de la oscuridad de la noche. Su rostro crispado estaba cubierto de sudor. Alargó una mano trémula en busca del interruptor de la luz. La claridad de la lámpara de su dormitorio le tranquilizó un poco, pero sus manos aún temblaban cuando se tomó una pastilla acompañada de un trago de agua sacada de la jarra que guardaba al lado de su cama.

Las pesadillas habían vuelto; sabía que tras ellas vendrían las voces, los susurros.

De nuevo se había equivocado. Se había dejado llevar por el entusiasmo casi infantil de estrenar una casa y había forjado la idea de que en aquel nuevo santuario no necesitaría tomar la medicación.

Todo era inútil. Ni la cura insulínica a la que estuvo sometido durante dos meses en un sanatorio suizo, ni los psicofármacos, habían logrado que la enfermedad remitiese. Lo único que conseguía era sentirse frustrado y desesperado en sus momentos de lucidez. Sabía que el resto de su vida iba a ser un infierno de pastillas, sedantes y neurolépticos.

Esquizofrenia simple.

Ese era su diagnóstico.

Como si la locura, incluso incipiente, pudiera ser algo simple.

No se sentía capaz de conciliar el sueño de nuevo y los sedantes tardarían una media hora en hacer efecto. Se levantó del lecho y entró en el cuarto de baño. Hacía ya una semana que estaba instalado en la casa, pero aún no se había acostumbrado al relativo silencio del campo y al roce del áspero suelo de madera contra sus pies desnudos. Se contempló en el espejo del botiquín mientras se apoyaba en la pileta.

Unos ojos negros de mirada cansada; un rostro redondeado, cubierto por una por una leve barba que contribuía a alargar un poco sus faccio-



nes y rodeaba una boca ancha de grandes labios; un pelo rizado y desordenado...

¿Cuántas veces en el pasado se había mirado en el espejo y no había reconocido aquella cara que mostraba sin pudor casi cuarenta años de cansancio? Había visto reflejado el rostro de un ser extraño que le observaba de una forma siniestra desde las profundidades de un mundo reflejado.

Cerró los ojos con fuerza e intentó apartar los recuerdos de su mente. Siempre empezaba así, con fantasías morbosas que se iban apoderando de su imaginación hasta volverse tan reales como las cosas tangibles.

Tenía que distraerse, olvidarse de todo. Para eso había venido hasta aquel lugar remoto, lejos de las ciudades, de las responsabilidades, lejos de todo. El pueblo más cercano estaba a diez kilómetros de distancia a través de caminos de difícil tránsito. Aunque tenía un teléfono móvil, nadie sabía que estaba allí. Tampoco tenía familiares de los que preocuparse.

Estaba solo. Él y su mente maltrecha.

Entonces recordó el cofre. Curiosamente no le había prestado ninguna atención desde el día que el arquitecto se lo había mostrado. En aquel momento le había excitado la curiosidad por saber que contenía, pero el trabajo de traslado y acondicionamiento de sus pertenencias le había exigido toda su ilusión y concentración.

Aquel era un momento tan bueno como otro cualquiera para corregir aquel olvido.

Se puso una bata sobre el pijama y unas confortables alpargatas en los pies y bajó hasta la bodega.

El cofre seguía en el nicho, esperando pacientemente su llegada. No le costó ningún trabajo extraerlo del nicho, tal como había supuesto Valverde. Un par de tirones de la argolla que colgaba de la parte frontal y el cofre se deslizó con suavidad hasta depositarse con apenas ruido sobre el cemento.

Tampoco le resultó muy difícil abrir la cerradura. En la bodega guardaba su caja de herramientas. Cogió un martillo y un escoplo. Un par de golpes y el oxidado cerrojo saltó en mil pedazos. Cuando iba a levantar la tapa creyó ver algo inscrito sobre la madera. Tuvo que limpiar la gruesa capa de suciedad que se había incrustado en los surcos grabados con un cincel. Parecía números.

AP 131415

No significaban nada para él y decidió ignorarlos. Sentía cada vez más intensamente la emoción de un nuevo descubrimiento. Con cuidado



levantó la parte superior y nubecillas de polvo inundaron el ambiente haciéndole toser.

Un gran paño negro, raído por el tiempo, cubría algo que formaba pequeños montículos bajo su superficie. Alargó la mano para levantar la tela y por un momento tuvo cierta aprensión. Fue consciente por primera vez del silencio reinante en el sótano y la soledad de la noche que le rodeaba.

Apartó el paño con brusquedad no del todo pretendida.

Una cara le miró desde el fondo del cofre.

Lorenzo se echó hacia atrás con tal sobresalto que se derrumbó de espaldas. Su piel se erizó y su corazón se había desbocado por segunda vez en aquella noche. Por un momento permaneció petrificado en la misma postura, sin apartar los ojos del cofre abierto, como si esperase que alguna criatura fantástica fuera a surgir de su interior como un conejo de la chistera de un mago.

Pero no sucedió nada.

Se levantó y, con aprensiva cautela, atisbó el contenido del mueble. A punto estuvo de estallar en carcajadas nerviosas, pero se contuvo.

El cofre estaba forrado de raso rojo descolorido y en su fondo había varias concavidades en las que estaban encajadas una serie de piezas metálicas. Una de esas piezas era similar a una máscara mortuoria de un intenso color blanco, de facciones increíblemente realistas y expresión hierática. Le faltaba la mandíbula inferior y sus ojos eran dos agujeros oscuros cuya ciega mirada le había sobresaltado de forma tan ridícula. Lorenzo introdujo sus manos en el cofre y extrajo una de las piezas metálicas. Se trataba de una mano de color dorado, de movimientos articulados. Pudo manipular con dificultad el dedo índice que se dobló con gran realismo. No había indicios de óxido o cualquier otra forma de deterioro. Observó el resto del material: había un torso dorado, un muslo con finos músculos tallados, un pie...

Era sin lugar a dudas algún tipo de muñeco desmontado y hecho de metal, quizá un maniquí destinado para el uso de estudiantes medievales de la anatomía humana. Lorenzo se preguntó cuál sería la antigüedad exacta de todo aquello y si tendría algún valor. Cuando depositó la mano en su hueco correspondiente se dio cuenta que el cofre contenía algo más. En una de las esquinas había un estuche de madera del tamaño de un libro grande y lo que parecía ser un manuscrito de hojas amarillentas unidas por gruesos hilos.

Los sacó con mucho cuidado y cerró el cofre. Ya tendría tiempo de estudiarlos por la mañana. Los sedantes comenzaban a hacerle efecto y



se sentía cada vez más somnoliento. Además, ya había tenido demasiados sobresaltos en una misma noche. Subió las escaleras de la bodega, apagó la luz y cerró la puerta.

Esa noche no volvió a sufrir pesadillas.

* * *

Lorenzo tenía frente a él, sobre el escritorio de su gabinete, el estuche de madera que había encontrado la noche anterior en el cofre de la bodega. Estaba abierto y su contenido relucía con diminutos destellos de colores bajo la luz menguante del atardecer.

Pasó su mano sobre las doce piedras preciosas, cada una de un tipo diferente, para comprobar que eran reales y no un producto de su imaginación. Todas tenían el mismo tamaño, similar al de la uña de un dedo pulgar, y estaban talladas con una misma forma, en rosa, con un intrincado dibujo de múltiples facetas por el haz y planas por el envés. Su contorno era hexagonal.

Cerró el estuche con delicadeza y lo colocó a un lado. Volvió a hojear el manuscrito encontrado junto al objeto anterior. Había estado todo el día estudiándolo con interés creciente, hasta el punto de olvidarse por completo de la comida. Después de ocho horas de lectura tenía algunas ideas al respecto; pero también muchas dudas.

Sobre todo dudas.

El manuscrito estaba escrito en latín, con apretada letra gótica que no dejaba lugar a dudas sobre su origen. Lorenzo dominaba perfectamente el latín, lengua que no había descuidado desde los tiempos de su doctorado en filología, cuando tenía veinte años. Realmente era una de las pocas lenguas que conocía a la perfección junto con el español y el alemán. El inglés siempre se le había resistido y nunca había pasado de un conocimiento superficial de dicho idioma.

Por ello pudo descifrar con toda exactitud el sorprendente contenido de las páginas ajadas. Otra cosa es que pudiera llegar a comprender su verdadero significado.

La primera sorpresa fue descubrir que el manuscrito estaba escrito de puño y letra por un personaje de relevancia histórica y no por algún anónimo escriba medieval. El encabezamiento no dejaba lugar a dudas: Magnus Albertus.

San Alberto Magno, el filósofo dominico del siglo XIII.

Pero eso sólo había sido el comienzo. El manuscrito pretendía ser la transcripción de ciertos diálogos o conversaciones entre el filósofo



alemán y algo que denominaba «Automatum». Al principio no supo relacionar ese término con nada concreto; su significado se le escapaba. Incluso pensó que quizá se refería al hecho de que el propio manuscrito había sido creado con algún tipo de ingenio automático, alguna forma de máquina de escribir primitiva. Pero a medida que fue avanzando en su lectura comprendió la verdadera naturaleza de la situación descrita.

El escritor mantenía una conversación con un autómatas, una máquina con forma y capacidades humanas. Y por las someras descripciones que daba de tal artilugio se trataba del mismo artefacto que yacía desmontado en el cofre de la bodega.

Esto ya de por sí resultaba increíble, y el tema de las conversaciones entre Alberto Magno y su mecánico interlocutor no ayudaba en absoluto a la racionalidad del manuscrito.

Página tras página se desgranaba un galimatías de términos ininteligibles acompañados de gran número de diagramas, dibujos y símbolos misteriosos. Pudo reconocer algunos términos referentes a compuestos químicos y datos astrológicos relacionados con el zodiaco. Lorenzo sacó la conclusión de que todo se trataba de algún tipo de retorcido y fantástico tratado sobre magia y alquimia.

Se sentía un poco mareado y la cabeza le pesaba como si fuera de plomo. No sólo se había saltado la comida; también había olvidado tomar su medicación. Se frotó los ojos cansados. Con fatigada parsimonia comenzó a ordenar su escritorio antes de retirarse a descansar.

De pronto se detuvo. Un grueso libro sobre microcircuitos estaba abierto por la mitad y mostraba un diagrama relacionado con voltajes trifásicos. A pocos centímetros estaba el manuscrito de Alberto Magno, abierto por una página con un dibujo en forma de estrella.

Fue como un estallido dentro de su cabeza. Los dibujos se superpusieron en su mente. Con creciente concentración empezó a repasar el manuscrito y a compararlo con varios libros de electrónica, tomando notas cada pocos minutos.

Cuando amaneció aún estaba trabajando con febril intensidad.

* * *

Tres semanas de agotador trabajo. Tres semanas de noches en vela y tazas de café. El resultado: un chiste.

Porque sólo podía ser una broma la intrincada red de esquemas y dibujos de circuitos que se encontraba extendida sobre el suelo del gabinete



te, formada por multitud de folios, cada uno constituyendo una pieza de un enorme rompecabezas.

No sabía si echarse a llorar o romper a reír a carcajadas. Los circuitos que se desplegaban ante sus ojos no tenían ningún sentido. Violaban todas las leyes de Thévenin, de Norton y del sentido común.

Y sin embargo...

El manuscrito hablaba de ciertas propiedades maravillosas de las piedras preciosas, propiedades descritas de forma increíble como características propias de «atumus». También mencionaba que la construcción del autómatas debía realizarse soldando cada parte del cuerpo bajo la influencia de un astro particular, lo cual guardaba estrecha relación con la utilización de las piedras preciosas del estuche y que ocupaban partes fundamentales en los distintos circuitos. Incluso se hablaba de «haces de luz» de gran densidad. Todo disfrazado bajo una montaña de términos imprecisos y arcaicos.

¿Cómo podían ser posibles todas aquellas coincidencias? ¿Cómo podía ser que aquellos circuitos, por muy absurdos e inútiles que pareciesen, surgieran de un manuscrito del siglo XIII?

Por unos instantes le invadió el pánico.

¿Sería todo una elaborada alucinación, un delirio de proporciones monstruosas que se estaba apoderando de su vida, sustituyendo su realidad por un mundo mágico y fantástico? Nunca existió un autómatas, ni el paralelismo entre el manuscrito alquímico y la moderna electrónica. Cada símbolo esotérico no encerraba un significado matemático, cada ecuación alquímica no escondía una ecuación compleja ni cada dibujo de inspiración hermética podía describir formas de onda y configuraciones de condensadores y resistencias...

¿Cuánto hacía que no tomaba la clopromazina? ¿Y los sedantes? No lograba acordarse.

Además, estaban las contradicciones aparentes. El manuscrito trazaba un plan de trabajo guiado por los astros. Cada módulo del androide (sí, ¿por qué no llamarlo de esa forma?), debía ensamblarse en una fecha determinada relacionada con los símbolos de zodiaco. Pero Lorenzo sabía que esos símbolos tenían un significado meramente convencional. Debido a la precesión de los equinoccios de la tierra, es decir, el movimiento del eje de rotación terrestre alrededor del eje de la eclíptica, los símbolos del zodiaco y las fechas en las cuales se inscribían ya no coincidían con sus respectivas constelaciones. El 21 de marzo el sol ya no entraba en Aries, tal como sucedía dos mil años atrás, sino que en realidad se proyectaba en Piscis. Era imposible que esas fechas tuvieran ningún efecto físico sobre el sistema eléctrico del androide.



Y sin embargo...

Sí, era cierto. El manuscrito advertía sobre este hecho. Un dato desconcertante para añadir a la larga lista. Era como si se hubiera previsto un gran periodo de tiempo antes de que alguien pudiera leer de nuevo aquellas páginas. Se explicaba que los símbolos zodiacales afectaban al proyecto de una forma que no tenía relación alguna con la posición de los astros, y que las circunstancias adecuadas para la construcción del androide no se relacionaban con las constelaciones originales, sino con determinadas posiciones de astros cercanos e invisibles que se repiten de forma cíclica año tras año, ajustándose a las fechas predeterminadas por un vulgar horóscopo.

Absurdo. ¿Qué malditos astros invisibles podían ser aquellos?

¿Agujeros negros? ¿Partículas subatómicas?

Y sin embargo...

Parte 2: Forma

«Lapides preciosi praeter allis habent mirabiles virtutes»

Alberto Magno

*And at the last from inner Egypt came
the strange dark one to whom the fellas bowed;
Silent and lean cryptically proud,
And wrapped in fabrics red as sunset flame.
Throngs pressed around, frantic for his commands,
But leaving, could not tell what they had heard;
While through the nations spread the awe-struck word
That wild beasts followed him and licked his hands.*

Nyarlatbotep. H. P. Lovecraft

Aries (cabeza)

La cabeza y cabellos tallados del autómeta eran de un brillante color blanco. Por mucho que intentó rayar la superficie no pudo arrancar ninguna partícula de pintura o esmalte. Podía tratarse de alguna aleación de plata, pero nunca había visto un metal de un color tan puro.

No tenía tiempo para realizar análisis más exhaustivo. Se había instalado en la casa a finales de enero y había tardado mucho tiempo en descubrir y preparar todo lo necesario para realizar la construcción del autómeta. Si quería cumplir con el plan previsto sin esperar a que pasara todo



un año tenía que comenzar a trabajar dentro de tres días, el 21 de marzo exactamente, siguiendo escrupulosamente cada paso descrito en el manuscrito.

Las primeras semanas de marzo apenas fueron suficientes para montar todo un laboratorio de electrónica e informática en las tres habitaciones de la bodega. Tres ordenadores, equipo de soldadura, osciloscopios, transformadores, baterías, materiales de todas las clases y algunos elementos aún más avanzados a los que tenía acceso a pesar de tratarse de prototipos experimentales. Incluso se había procurado un potente módem y una conexión a Internet que le permitiría comunicarse con expertos en distintos campos de la tecnología y la ciencia. Todos ellos colegas suyos del Centro Espacial Europeo. Naturalmente, ninguno de ellos sospechaba cual era el trabajo que Lorenzo estaba desarrollando en su retiro.

No le faltaba dinero y podía permitirse todos aquellos gastos para cumplir con un excéntrico capricho.

¿Era realmente un capricho? En ocasiones dudaba. Sentía que estaba llevando todo aquello demasiado lejos y que su interés ya no se justificaba con la simple diversión o curiosidad.

Aunque, a fin de cuentas, el proyecto no se diferenciaba demasiado de una afición como el bricolaje o el maquetismo. Simplemente era un poco más extraña y bastante más costosa.

Pero lo realmente decisivo para tomar la decisión de seguir adelante era el constatar que todo aquel trabajo le resultaba beneficioso. Hacía ya casi un mes que no tomaba ningún sedante y por las noches, cuando no permanecía en vela repasando sus notas y trabajando, dormía profundamente. Ya no sufría pesadillas, ni escuchaba voces, ni su cabeza se llenaba de ideas obsesivas... O al menos sólo permanecía una obsesión que había desplazado a las otras y que aparentaba ser inofensiva. No iba a perder nada trabajando en el androide y tenía mucho que ganar. Pocas veces en su vida se había sentido atraído con tanta fuerza por algo. Desde luego las personas nunca habían despertado su entusiasmo, ya que siempre las había rehuido en la medida de lo posible.

Así pensaba mientras permanecía sentado frente a su mesa de montaje, situada en el laboratorio que había dispuesto en la habitación central de las tres existentes al final del pasadizo de la bodega. Los otros dos cuartos cumplían las funciones de almacenes y talleres.

Sostuvo la cabeza metálica del androide frente a sus ojos con una sola mano. Era muy ligera.

—¿Qué respuestas escondes, condenado juguete? ¿Podría ser que supieras la razón de las cosas que a mí siempre se me han escapado?



¿Realmente le enseñaste a Alberto Magno realidades que estaban más allá de su comprensión? ¿Qué es lo que me revelarás a mí si logro recomponerte?

Se sintió ridículo y melodramático hablando solo con aquel pedazo de metal inerte. Lo depositó sobre su soporte metálico y se puso a trabajar en los ajustes necesarios para conectar la mandíbula inferior al resto de la cabeza.

:

Durante la primera mitad de abril trabajó con una intensidad crispada. Ahora que por fin se había decidido a llevar adelante aquella disparatada idea de reconstruir el autómeta sentía una urgencia devoradora de completar la tarea y comprobar el resultado. Sabía que estaba empezando y que aún le faltaban muchos meses de trabajo, pero también sabía que la cabeza era la parte más importante del autómeta y la más complicada. Debía terminarla antes de que finalizase el período de tiempo marcado por los manuscritos, aunque escapaba por completo a su comprensión la razón de ese misterioso plan de trabajo. Terminó el circuito impreso principal el quince de abril. Tenía cinco días para conectarlo al procesador y hacer funcionar los láseres de baja intensidad de los ojos para comprobar si realmente el autómeta podría captar datos digitales a través de sus haces oculares.

Suponiendo, naturalmente, que uno de los presupuestos más desquiciados de los manuscritos fuera cierto.

La parte principal del circuito era muy semejante a la composición de un reloj de cuarzo. Su configuración era la misma que la empleada por dichos relojes para medir las oscilaciones de los cristales de cuarzo piezoeléctrico; incluso podía reconocerse un demultiplicador de frecuencia para evitar variaciones de la frecuencia de oscilación. Lo que sucedía es que el resto del circuito y de los sistemas ya existentes de la cabeza eran mucho menos reconocibles. Pero lo más sorprendente era que en el centro del circuito no iba a estar un cristal minúsculo de cuarzo, sino un diamante, una de las doce piedras preciosas contenidas en el estuche que había hallado junto al autómeta. La pieza era de una gran belleza y un brillo limpio. Lorenzo no creía que el carbono cristalizado poseyera propiedades similares al cuarzo que permitieran su empleo en un circuito como aquel. Pero no podía hacer otra cosa que probar y ver el resultado.

El 18 de abril reunió el valor suficiente para realizar las últimas conexiones y colocar la pieza central, el diamante. Había estado trabajando



Certamen Alberto Magno

durante todo el día y había perdido la noción del tiempo. Le dolía la cabeza y su vista estaba muy cansada. La bata blanca, la redecilla que le cubría el pelo, los guantes y la mascarilla que llevaba para evitar cargas estáticas y molestas partículas corporales que pudieran dañar los circuitos, le incomodaban y hacían sudar.

«Vamos allá. Ahora veremos si esta necesidad tiene algún sentido», pensó con fatigada resignación.

La cabeza estaba conectada a una batería por una serie de cables que surgían de la nuca. Otra serie la conectaban a un osciloscopio y a un ordenador que mostraba todos los datos referentes al circuito principal y los láseres de los ojos. Utilizando unas delicadas pinzas colocó el diamante en el slot de la nuca.

No pasó nada.

Lorenzo suspiró y se arrancó de un tirón la mascarilla.

—¡Bueno! ¿Qué te esperabas? ¿Fuegos artificiales?— exclamó en voz alta.

En ese momento un movimiento en la pantalla del ordenador atrajo su atención. Algo estaba sucediendo. Las líneas del osciloscopio mostraban una señal extraña.

Los haces de luz láser de los ojos brillaron con un intenso destello rojizo, un foganazo que le deslumbró momentáneamente. Los cables de la batería se soltaron con un chispazo que sorprendió a Lorenzo y le hizo alejarse de la mesa de trabajo de un salto.

—¿Qué demonios ha sucedido?— exclamó aturdido.

Se acercó a la batería. Estaba quemada y agotada.

En la pantalla del ordenador figuraban cifras de consumo y la potencia alcanzada por el circuito principal. Eran cifras enormes, desorbitadas. No podían ser correctas.

Lorenzo se volvió hacia la ahora inerte cabeza, envuelta en una nuebecilla de humo blanco. El aire de la habitación olía a ozono.

—Bueno, bueno...— murmuró para sí— Supongo que habrá que tener paciencia y esperar a que esté completado. Esto se está poniendo muy, pero que muy, interesante.

Taurus (oídos y garganta)

La construcción de los circuitos y engranajes que conformaban el aparato fonador y el sistema auditivo del autómatas resultó ser una labor titánica. Lorenzo no podía comprender como los artesanos de la edad



media fueron capaces de realizar tal labor sin conocer la electrónica. Era simplemente incomprensible.

Aún quedaban dentro de la cabeza del autómatas restos podridos de correas y diminutos engranajes oxidados, todos de tal complejidad aparentemente caótica que parecían simples trozos de metal apelmazados de cualquier manera en un espacio tres veces más pequeño del realmente necesario para contenerlos.

También le sorprendía la desmesurada importancia que el manuscrito concedía a todo lo relacionado con la expresión oral. En realidad el oído se trataba del único sentido que venía especificado y diferenciado del resto de los módulos. Lorenzo suponía que tal preocupación porque el autómatas fuera capaz de oír y hablar se debería a que eran las únicas vías de comunicación posibles en la época en que fue construido originariamente, teniendo en cuenta los materiales disponibles en la edad media. Sin embargo, la nueva configuración del autómatas, utilizando los medios modernos a su alcance, podría ver, escribir e incluso gesticular con aceptable claridad.

El 10 de mayo, después de una semana de trabajo casi continuo, Lorenzo completó la totalidad de los diseños y los conectó según las indicaciones de sus notas. La parte central del sistema la ocupaba ahora un zafiro, una piedra de intenso color azul. Esta vez no trató de hacer funcionar la cabeza, ya completa y en teoría capaz de escuchar y responder. Estaba claro que ninguna fuente de alimentación externa podía proporcionar la energía suficiente para poner en marcha aunque sólo fuera uno de los módulos del androide. Habría que esperar al signo de Leo para comprobar si el milagro tenía lugar y el conjunto funcionaba.

Ese mismo día recibió una inesperada llamada por teléfono. Era Valverde, el arquitecto. Al final no había podido resistir la espera y se había atrevido a llamar para preguntarle por el cofre y su contenido. Por un momento Lorenzo tuvo la tentación de contarle la verdad, pero desistió enseguida de tal propósito. Lo que estaba sucediendo era demasiado complicado y aparentemente absurdo. En lugar de eso se inventó el hallazgo de un desilusionante montón de ropas antiguas, apolilladas y convertidas por el paso del tiempo en un montón informe de harapos. Valverde se creyó la falsa versión y se lamentó de la falta de interés del cofre.

Lorenzo se despidió del arquitecto con apenas disimulada impaciencia. Le había molestado aquella mínima intrusión en su intimidad.

Fue entonces cuando, de golpe, se hizo cargo de hasta que punto su vida giraba en torno al proyecto, totalmente ajena al resto del mundo y de los seres humanos.

Y no le importaba lo más mínimo.



Géminis (brazos y manos)

En la palma de la mano izquierda del androide, crispada como la delicada garra de una gárgola de metal dorado, estaban incrustadas siete estrellas de plata que parecían titilar como astros verdaderos bajo la luz de los focos. El detalle le impresionó porque le recordaba algo de forma vaga, relacionado con una lectura pasada y que no lograba precisar en su memoria.

El ensamblaje de los brazos y de sus respectivas manos fue relativamente sencillo en comparación con los módulos anteriores. El 10 de junio completó todas las conexiones y se dispuso a instalar una esmeralda en su slot, justo entre lo que en un ser humano serían los omoplatos. Nada más colocar la piedra un movimiento espasmódico recorrió los miembros metálicos, tirando varias herramientas al suelo. Al instante siguiente estaban inmóviles, los dedos de las manos cerrados en sendos puños como única prueba de que aquel movimiento no había sido un espasmo. Lorenzo, que se había apartado de la mesa con rapidez, tardó varios minutos en calmarse y poder reunir el valor suficiente para acercarse de nuevo al autómata en construcción. Le molestaba reconocerlo, pero lo cierto es que empezaba a sentir cierta aprensión frente a aquella cosa.

Esa misma tarde salió a pasear un poco. Necesitaba tranquilizarse y, además, hacía un mes que no respiraba aire fresco. Caminó un trecho por el sendero de grava que nacía en la puerta de la casa, serpenteando a través del bosque al lado de un riachuelo de aguas claras.

Mientras caminaba pensaba en algo que había averiguado en Internet gracias a unas páginas del World Wide Web pertenecientes al departamento de historia de la Sorbona. Había datos históricos sobre un autómata creado por Alberto Magno. En realidad se trataba de una leyenda que había circulado entre los contemporáneos del filósofo, los cuales afirmaban que llegó a construir un verdadero autómata que le servía de criado. La leyenda incluso aludía al hecho de que cada parte del androide había sido soldada bajo la influencia de los astros. Pero el dato más curioso era que también se decía que Santo Tomás de Aquino, en aquella época alumno de San Alberto, destruyó la máquina. Naturalmente existía una explicación racional a tal historia que observaba, muy juiciosamente, que tal fábula no era más que un símbolo del escolastismo de Alberto, construido en forma humana, pero artificial y sin vida propia; es decir, se trataba de una metáfora chistosa sobre el enfrentamiento entre pupilo y profesor.

Sin embargo, en vista de lo que estaba sucediendo, la leyenda intranquilizaba a Lorenzo y no le parecía nada simpática.



Apenas llevaba un cuarto de hora paseando cuando de nuevo sintió la misma inquietud que le obligaba a trabajar sin descanso en el androide. Le vino a la cabeza la idea de que podría estar preparándolo todo para el siguiente módulo, que amenazaba con ser uno de los más complicados, ya que semejaba una especie de control central de las actividades físicas del autómeta, así como la cabeza era el centro de sus capacidades intelectuales.

Volvió con paso presuroso al punto de partida y entró en la casa cerrando a cal y canto el portalón.

Cáncer (órganos vitales)

El motor era totalmente incomprensible. A pesar de haber contribuido a la construcción de propulsores espaciales, Lorenzo no podía entender aquel pequeño amasijo de baterías, condensadores, transformadores, bobinas y conexiones electrónicas que seguían patrones enigmáticos en su inextricable disposición alrededor de un motor electrónico cuya pieza fundamental era una piedra de bandas alternadas, rojizas y blancas; una ágata.

En teoría, por muy remota que tal posibilidad pareciese, todo el sistema que ocupaba lo que sería el abdomen de una persona, permitiría al autómeta mover su cuerpo.

Intentó repasar los apuntes que había elaborado a partir del viejo manuscrito, pero lo único que logró fue que su vista se nublase al vagar por el complicado laberinto de anotaciones.

Pronto abandonó toda esperanza de comprender algo que no fueran meros fragmentos de lo que estaba haciendo.

Las últimas semanas de trabajo transcurrieron como un sueño inquieto.

El siguiente módulo quizá fuera decisivo; la fuente de energía principal que permitiría al autómeta activarse en parte, aunque todavía faltasen más de la mitad de los módulos por ensamblar.

Expresándolo de una forma melodramática, se acercaba el momento de la verdad.

Leo (corazón)

El rubí encajó a la perfección en medio de las bobinas situadas en el centro del amasijo de cables que era el pecho abierto del androide. Un destello de un color rojo furioso iluminó toda la habitación con su res-



plandor fantasmal. La piedra parecía arder con un fuego interno que se fue apagando hasta quedar reducido a una ascua de brillo intenso; un diminuto sol carmesí encerrado en el corazón del rubí.

El autómatas permanecía inmóvil, recostado sobre la mesa de trabajo. A fin de cuentas no era más que un torso con brazos y una cabeza, unido el conjunto a un ordenador por conexiones de fibra óptica; un amasijo informe de cables bañado por el brillo sobrenatural y multicolor de las piedras preciosas que formaban parte de su cuerpo y que parecían haberse activado al unísono.

Lorenzo acercó su rostro a escasos centímetros de la cabeza del autómatas. Los haces de láser brillaban en lo más hondo de los ojos de la cosa metálica.

—¿Puedes... puedes oírme? — tartamudeó sintiéndose como un torpe émulo del doctor Frankenstein.

—Ego te audio.

Las palabras latinas sonaron con tonalidad perfectamente humana, sin ningún rastro de su origen electrónico.

—¡Virgen Santa!— exclamó Lorenzo al tiempo que se apartaba del autómatas hasta una distancia prudencial.

La cabeza de la figura postrada siguió su desplazamiento con suavidad, sin movimientos bruscos o mecánicos.

Lorenzo pensó deprisa en que decir. El androide parecía hablar en latín, pero había comprendido su pregunta en español.

—¿Eres capaz de entender mi idioma? ¿Comprendes el español?

El autómatas no contestó inmediatamente. Era como si estuviese reflexionando durante unos instantes. La mirada de Lorenzo se desvió hacia la pantalla del ordenador. Algo sucedía en ella. Una serie de menús aparecían y se desvanecían a un ritmo vertiginoso. Pudo entrever con dificultad las ventanas de un programa navegador de Internet, pero enseguida desaparecieron para ser sustituidas por un caos de imágenes y símbolos.

«Una lectura masiva de datos», pensó alarmado Lorenzo. «Está tomando información de la red mundial.

¿Cuál es su capacidad de proceso?».

—Sí.— respondió el androide— Comprendo tu lengua romance. Puedes comunicarte conmigo con toda precisión.

Lorenzo observó al autómatas. Una sensación de irrealidad se apoderaba de su mente. La cabeza le daba vueltas y temió estar a punto de desmayarse. Su consternación se hizo patente al plantear una pregunta con voz trémula.



—¿Qué eres?

—Soy Mechein.

«Perfecto» pensó Lorenzo con inesperada ironía. «Está claro que no va a ser fácil comunicarnos.»

—¿Es ése tu nombre o es una descripción de lo que eres?

—Los antiguos me llamaban Sócrates, en honor a uno de mis primeros anfitriones.

—¿Los antiguos?

—Plutarco, Apuleyo; pero fue Cyrano de Bergerac el que realmente me dio ese nombre, aunque se lo asignó a una creación de su imaginación desbordante.

—¿Cuál es entonces tu edad?

—He existido desde que tengo conciencia.

«Buena respuesta. Cómo para tirarse de los pelos.»

Lorenzo iba ganando confianza a cada momento que pasaba. Nada en aquella situación parecía entrañar riesgo. Incluso se atrevió a dar un paso para acercarse a la mesa.

—¿Pero cuánto es eso en términos humanos?— insistió cada vez más intrigado.

—Existo desde mucho antes de la aparición del hombre sobre la tierra.

—¿Quieres decir que no eres una máquina diseñada por Alberto Magno?

—No. El autómatas que el Doctor Universalis construyó fue un soporte para poder manifestarme en el mundo físico.

—Eres por tanto una criatura incorpórea. ¿Procedes de otra dimensión? ¿Eres un espíritu o algo parecido?

—Soy Mechein.

—¡Maldición! ¿Qué quiere decir eso?

—No encuentro traducción en tu idioma. No puedo explicarte ese concepto con los actuales instrumentos conceptuales. Pero debes escucharme; esa explicación no tiene mayor importancia en este momento.

Lorenzo se preocupó. No le gustaba tanta iniciativa por parte del autómatas. No era tranquilizador descubrir que parecía poseer una voluntad propia.

—Tengo que desconectarme— explicó la máquina con voz suave y persuasiva— Tienes que completar mi cuerpo si quieres continuar esta conversación. Si me mantengo en funcionamiento estando incompleto me recalentaré, toda la energía se disipará en unas pocas horas y quedaré inerte para siempre. Para evitar tal cosa tienes que completar el circuito según el plan. Sólo me activaré durante unos pocos minutos si necesitas



Certamen Alberto Magno

mi ayuda o consejo. Por favor, no turbes mi sueño inútilmente si no quieres poner en peligro mi permanencia en este plano.

El brillo que inundaba el cuerpo del autómata se fue apagando lentamente hasta desvanecerse. Su cabeza volvió a su posición original. Era como si nunca se hubiese movido.

Por un momento Lorenzo pensó que todo había sido un sueño.

Sí, eso era lo que había ocurrido. Se había quedado dormido sobre la mesa de trabajo y estaba soñando.

De un momento a otro se despertaría y podría reírse de aquella extraña conversación.

Pero no se despertó.

Virgo (plexo solar)

La placa pectoral se ajustó perfectamente al torso del autómata, junto con el circuito que incorporaba y una nueva piedra preciosa: una sardónica. En el centro de la pieza había un hueco que serviría para conectar un módulo de futura conexión.

La tarea no era complicada y la completó mucho antes del 22 de septiembre. Dispuso por tanto de mucho tiempo para pensar en todo lo sucedido hasta el momento.

Lorenzo se sentía muy inseguro con respecto a Sócrates. Estaba claro que no era una máquina servil, dispuesta a recibir órdenes, tal como afirmaba la leyenda. Era una entidad inteligente muy acostumbrada a que le hicieran caso cuando hablaba. Su actitud estaba muy lejos de ser sumisa y Lorenzo no tenía forma de saber cuales podían ser sus capacidades y poderes.

Se planteó seriamente el abandono del proyecto y destruir lo que llevaba hecho. No obstante algo se lo impedía. Sócrates era lo más increíble que le había sucedido nunca, y sentía la imperiosa necesidad de llegar hasta el final, de ver que se ocultaba tras aquel fenómeno. Era como si todas las respuestas que había buscado durante su vida estuvieran al alcance de la mano.

Seguiría adelante, pero no sin tomar precauciones por si las cosas se torcían. No en vano cierto asunto le preocupaba desde hacía varios días; la inscripción del cofre que contenía las piezas de Sócrates: AP 131415.

Creía saber lo que significaban. Y no era nada tranquilizador.

Libra (costados)

Surgieron problemas con el módulo correspondiente al signo de libra. La parte electrónica y mecánica fue sencilla, inserción de una piedra



de crisolita incluida; pero un dato de importancia decisiva se le había pasado por alto.

Parte del módulo estaba constituido por unos depósitos y conductos destinados a contener algún tipo de lubricante o refrigerante. Para poder llenarlos se necesitaban unos conocimientos de química que Lorenzo no poseía. Tenía almacenado todo el material necesario para la fabricación, pero temía cometer algún error en el proceso al usar un instrumental desconocido para él. Necesitaba la supervisión de Sócrates.

Bastó con pronunciar su nombre para que volviera a activarse como la primera vez. Estuvo de acuerdo con la decisión de Lorenzo y le advirtió que sólo podría activarse durante periodos de un cuarto de hora una vez al día y como máximo a lo largo de una semana. Así lo hicieron. Al cabo de cinco días la sustancia estaba prácticamente preparada y las labores que restaban por realizar eran rutinarias. Lorenzo aprovechó la circunstancia para continuar su interrumpido diálogo con Sócrates e intentar averiguar más sobre su naturaleza.

—No comprendo como pudieron construirte en el siglo XIII. Es absurdo pensar que San Alberto Magno tuviera la capacidad de simular con los medios de la época lo que yo he logrado con la ayuda de la tecnología más avanzada de este siglo.— le dijo a Sócrates durante el sexto día, después de realizar todas las tareas de mezcla.

—Él sabía muchas cosas que tú sólo sospechas. No debes menospreciar el saber antiguo.

—¿Te refieres a la alquimia y a la magia?

—Eran formas primitivas de ciencia que sentaron muchas bases de los conocimientos actuales que ahora posees. Lo que se considera como un lastre de aquellos saberes primitivos, conceptos como superstición y creencias sobrenaturales, no eran más que intuiciones y conceptos sobre la realidad que te sorprenderían si estuvieses lo suficientemente libre de prejuicios para intentar profundizar en ellos.

—No obstante es imposible que funcionases en el pasado tal como lo haces en este momento.

—Es cierto. El Doctor Universalis sólo pudo dotarme de un movimiento muy limitado. Boca, cuello, brazo y mano derecha eran las únicas partes móviles de mi cuerpo, y aún así lo eran de una forma tosca. Además, era ciego y mi capacidad para captar sonidos y emitirlos era muy limitada. Con mi primer constructor nunca pude mantener una comunicación tan fluida como la que ahora estoy teniendo contigo.



Certamen Alberto Magno

—¿Cómo explicas entonces todas esas páginas manuscritas llenas de información cifrada sobre microcircuitos, haces de luz láser y energías que para Alberto Magno no podían ser más que galimatías fantásticos?

—Yo se los dicté. Tienes razón al decir que para el doctor Universalis no eran más que arabescos incomprensibles. Por eso disfracé todos los datos con la apariencia de un conocimiento hermético de carácter alquímico y mágico.

—¿Pretendes decirme que tú poseías en el siglo XIII el conocimiento de la microelectrónica, de la cibernética y de la tecnología láser?

—Sí.

—¿Cómo es posible?

—Poseo muchos conocimientos que trato de compartir con los humanos desde siempre.

—¿Por qué lo haces? ¿Por qué quieres ayudarnos?

—Porque tal es mi naturaleza. Es una necesidad.

Lorenzo observó al inexpresivo ser de metal con pensativa cautela. No se le escapaba la naturaleza ambigua de la respuesta.

—La primera vez que hablamos me dijiste que Sócrates fue tu anfitrión. ¿Tiene eso alguna relación con esa necesidad de la que hablas?

—Sí. Mi relación con la raza humana podría describirse, utilizando términos biológicos, como una simbiosis.

—Tú nos das conocimientos, ayudas a que la mente humana progrese. ¿Qué obtienes a cambio?

Hubo una pausa casi imperceptible que hizo que Lorenzo comprendiera que había tocado un tema clave. Tenía que estar más atento que nunca si quería averiguar lo que Sócrates podía estar ocultándole.

—Obtengo— dijo el autómeta— la posibilidad de manifestarme en este plano de la existencia.

—Sí, pero...

—Antes de que Lorenzo pudiera realizar otra pregunta Sócrates le interrumpió.

—El tiempo de hablar ha terminado. Debo desconectarme. Mañana volveré a reactivarme a la misma hora para supervisar los últimos pasos del proceso.

Sócrates quedó en silencio, inerte como un simple objeto inanimado.

—Dulces sueños— murmuró Lorenzo.



Al día siguiente Sócrates no se mostró demasiado comunicativo. Ponía más interés del necesario en la preparación de la disolución. Aún así Lorenzo no desistía de intentar proseguir su interrogatorio.

—¿Fue Sócrates el primer ser humano con el que formaste una simbiosis?

—No. Hubo muchos otros antes.

—Háblame de ellos.

—La mayoría eran personajes anónimos, que vivieron y murieron antes de que los anales de la historia iniciaran su registro de la actividad humana. A los que vinieron antes de Sócrates no me gusta recordarlos.

—¿Por qué motivo?

Los ojos del autómatas brillaron con mayor intensidad durante unas décimas de segundo. Lorenzo se estremeció. Aquello significaba que el autómatas estaba procesando información de forma masiva como respuesta a su insistencia en indagar sobre su pasado. ¿Acaso estaba buscando aquella cosa la forma de contestarle que más le conviniese? ¿Era capaz de engañar y mentir? Su reticencia a contestar ciertas preguntas demostraba que no se trataba de una entidad sincera. Quizá no fuera capaz de mentir directamente, pero no dudaba en reservarse información y ocultar la verdad.

«¿Qué es lo que estoy ayudando a construir?», pensó mientras un sudor frío cubría su frente.

—La mayoría de ellos— respondió al fin el androide— no supieron asimilar los conocimientos que les transmitía. Enloquecían, adoptando aptitudes mesiánicas o megalomaniacas.

—¿No puedes darme un ejemplo? ¿Ninguno de esos desgraciados fue conocido en su tiempo?

—El rey de Erech, un sumerio. Creo que es conocido como Gilgamesh. Otro desafortunado anfitrión fue Amenhotep IV, un faraón de la tierra del Nilo.

—Te refieres a Akhenaton, el Reformador.

—Él mismo se puso ese nombre absurdo. Su recuerdo me es particularmente desagradable.

—¿Por qué?

—Por culpa de la costumbre de la momificación después de la muerte. Tardé mucho tiempo en liberarme de aquel despojo reseco.

—¿Quedaste prisionero dentro de una momia egipcia?

—Así fue.

Lorenzo agitó la cabeza incrédulo. Se llevó las manos a la frente y permaneció unos segundos pensativo; su rostro se había vuelto pálido.



Certamen Alberto Magno

Finalmente levantó la vista hacia el autómatas y le habló con voz relativamente calmada.

—No me lo creo. Todo esto tiene que tener alguna explicación racional. He cometido un terrible error al no tomar mi medicación y ahora me enfrento a las consecuencias. Nada de lo que me sucede puede ser real. Estoy hablando solo, imaginándome que mi interlocutor es un vulgar maniquí metálico que he construido con mis propias manos en pleno delirio.

—Soy real. No estás imaginándote este diálogo.

—Pruébame.

—La prueba es que te he hablado de cosas que no sabías.

—Eso puede no ser cierto. He leído a los clásicos, sobre todo a Apuleyo y también recuerdo la lectura de una novela sobre Akhenaton, Sinuhé el Egipcio. He visto películas. Toda la información que me has proporcionado podía estar ya almacenada en mi subconsciente.

—¿Has leído algo sobre egiptología, sobre jeroglíficos y mitología egipcia?

—No, creo que nunca...

—Dame una hoja de papel y algo para escribir.

Lorenzo le proporcionó un cuaderno de notas y un bolígrafo. El autómatas dibujó una serie de trazos con gran rapidez. Al terminar le devolvió el cuaderno.

—He dibujado un jeroglífico que representa el nombre de Akhenatón.

Lorenzo observó los símbolos sin descubrir en ellos nada que le fuera remotamente familiar. Podían ser verdaderos jeroglíficos egipcios o simples maragatos.

—Y los que están al lado son los que utilizó para designarme el faraón loco cuando fue consciente de mi presencia en su mente, algo que pocos humanos han logrado descubrir a lo largo de los siglos.

—Comprobaré la autenticidad de estos símbolos.

—Hazlo si lo deseas. Por hoy nuestra conversación ha de terminar. Espero que la próxima vez que hablemos mi cuerpo esté completo.

Sócrates enmudeció y Lorenzo se quedó de nuevo solo.

Esa misma tarde conectó vía Internet con una base de datos sobre egiptología.

Anonadado verificó la veracidad de los jeroglíficos.

El de mayor tamaño correspondía, en efecto, a Akhenaton, faraón de la XVIII dinastía. El más pequeño designaba a Thoth, una divinidad egipcia, diosa de la escritura y de los números.

Era de suponer que Sócrates, a pesar de los rasgos masculinos del autómatas que le servía de cobijo y de su nombre, no tenía ningún sexo



definido, ya que no poseía un verdadero cuerpo. No debería preocuparle el que le identificasen con una entidad femenina.

Lorenzo observó durante mucho tiempo aquellos arcaicos símbolos que demostraban hasta que punto el mundo racional se derrumbaba a su alrededor.

A partir de ahora tendría que ser más cauteloso que nunca.

A fin de cuentas estaba tratando con un dios de tiempos remotos.

O algo mucho peor.

Escorpión (órganos generadores)

De todas las partes que componían el cuerpo de Sócrates aquella era sin duda la más enigmática en lo que se refería a su función. Su forma era la de una concavidad del tamaño de un puño que se ajustaba al hueco existente en el plexo solar del autómata. En su parte más honda se localizaba un circuito intrincado de diseño indescifable que llevaba incorporada la inevitable piedra preciosa, en este caso un topacio de color amarillo vinoso. También poseía unas misteriosas ranuras que le recordaron los puertos de comunicación de un ordenador con sus periféricos.

Lo que más desconcertaba a Lorenzo es que en los manuscritos de Alberto Magno se mencionaba esa parte de Sócrates como «órganos generadores», lo cual transmitía la idea de algún tipo de órgano reproductivo; pero esa idea era totalmente absurda.

Una máquina no podía reproducirse ni poseer órganos destinados a dicha función.

Estuvo tentado de preguntarle sobre el tema a Sócrates, pero se contuvo. Tenía la impresión de que la entidad que habitaba en el androide no disfrutaba precisamente con sus interrogatorios, y el despertarle para hacerle una indiscreta pregunta fruto de la curiosidad podría tener consecuencias imprevisibles.

Sería mejor esperar y mantener los ojos bien abiertos.

Eran los comienzos de noviembre y se dio cuenta de que había pasado casi medio año, verano incluido, desde la última vez que había salido de la casa. Aquel laboratorio se había convertido en todo su mundo.

Un mundo siniestro donde cualquier cosa podía suceder.

Sagitario (músculos)

Era tal la confianza y destreza que había adquirido en su trabajo a lo largo de todos aquellos meses que las conexiones de fibra de vidrio



Certamen Alberto Magno

y los mecanismos de torsión que formarían el esqueleto muscular del cuerpo de Sócrates casi le parecieron simples, a pesar de ser algo sin precedentes. Formaban una red muscular gobernada por un potente microprocesador con un circuito adicional que incorporaba una turquesa.

Lorenzo estaba realizando los últimos ajustes cuando la voz de Sócrates le sobresaltó.

—Has hecho un buen trabajo.

—Bienvenido, Sócrates. ¿Por qué te has activado?

—Puedo permitirte. Es muy poco probable que encuentres alguna dificultad en lo que resta por hacer.

Es una simple repetición de lo que llevas realizado.

—Me alegra saberlo. He de reconocer que resultas un trabajo agotador. Precisamente deseaba hablarte de eso. ¿Qué beneficio voy a obtener después de todo este esfuerzo?

—Te transmitiré todo conocimiento que desees.

—¿Me contestarás a cuestiones de todo tipo, incluso de tipo metafísico? ¿Me contestarías si te preguntase por la existencia de Dios a la existencia más allá de la muerte?

Lorenzo sintió la mirada escrutadora del autómatas, fija en su rostro.

—No. Sólo te contestaría a cuestiones de tipo científico, puramente racionales.

—¿Por ejemplo?

—La teoría del campo unificado y los fallos de la teoría de la relatividad general de Einstein.

—Resulta tentador. ¿Debo entender que Einstein no fue alumno tuyo?

Lorenzo no había hablado del todo en serio al hacer tal pregunta. Por ello la respuesta le cogió por sorpresa.

—Lo fue. Ese judío aprendió perfectamente mis lecciones. Sin mi ayuda nunca hubiera sido más que un técnico de segunda clase en la oficina de patentes de Berna. Era un pensador mediocre y distraído que estuvo a punto de suicidarse por culpa de sus fracasos académicos. Hasta que logró escucharme. También él, como Alberto Magno en su época, necesitaba de mi ayuda. Con Einstein todo fue más fácil; era tan ambicioso... Fue uno de mis anfitriones más maleables.

—Eso quiere decir que te uniste a él en algún momento de su vida, como con los demás...

—No, no fue eso lo que hice. Fui más prudente. Estaba claro que mi simbiosis era perjudicial para el equilibrio mental del anfitrión. New-



ton había sido la prueba definitiva de ello. Por eso decidí influir sobre Einstein de una forma indirecta, estableciendo contacto con él a través de otra persona.

—¿A través de otra persona? ¿Quién?

—Su primera esposa, Mileva Malic, una serbia estudiante de matemáticas. Una mujer brillante. Gracias a ella logré lo que quería sin despertar sospechas ni destruir el equilibrio mental de mi anfitrión.

—Pero Einstein desarrolló la teoría de la relatividad general después de su divorcio.

—Ahí estuvo el problema y por eso sus teorías son erróneas. Quizá sospechaba que yo le dirigía. Era demasiado orgulloso. Sin él no pude hacer nada más, ya que su mujer carecía de la fuerza de voluntad necesaria para mantenerme en este plano. Tuve que abandonarla.

—Hay muchas cosas que no comprendo. Has mencionado a Newton.

—Sí, uno de mis errores. Fue un anfitrión excelente hasta que su cordura se tambaleó. Le forcé demasiado y no me interpretó correctamente; se obsesionó con absurdos conocimientos alquímicos: la piedra filosofal, los dragones y otras tonterías.

—Todo encaja. Tanto Einstein como Newton o el mismo Alberto Magno fueron en su juventud poco brillantes; sin embargo, después experimentaron un «cambio», obra de tu influencia.

—Sí. También Sócrates era el insignificante hijo de un artesano hasta que me uní a su mente. Pero él siempre se negó a dejarse llevar por mi influencia. Me llamaba «su demonio». En cierto modo le admiraba. Pero nunca se dejó guiar y se obstinaba en aplicar mis conocimientos nada más que de forma cotidiana, superficial. Nunca escribió nada de lo que le sugerí. Hasta que se suicidó.

—Por culpa de falsas acusaciones contra su persona. ¿No fue así?
Los ojos de Sócrates destellaron fugazmente.

—Sí, así fue.

—Hay otra duda que me gustaría que me aclarases. ¿Por qué destruyó el autómatas Alberto Magno? ¿Fue también por inspiración tuya?

—Sí. Ahora no puedo seguir contestando tus preguntas. Ya falta poco para que podamos hablar sin más limitaciones de tiempo. Ten paciencia.

Sócrates se desactivó como siempre.

Lorenzo tardó un rato en volver al trabajo. Su mirada era torva y llena de determinación. Antes de reanudar su tarea murmuró:

—Tendré paciencia, descuida. Hasta el final.



Certamen Alberto Magno

Capricornio (articulaciones)

Lorenzo completó el circuito que servía de base a toda la parte inferior de Sócrates en una semana. Al conectar la nueva piedra, un ónice, casi pudo sentir como el poder crepitaba en el aire alrededor del cuerpo inmóvil del autómeta.

Afuera nevaba con gran intensidad y el camino había desaparecido bajo una espesa capa de nieve. Aunque hubiese deseado abandonar la casa no hubiera podido; estaba físicamente incomunicado del mundo exterior.

El día de Año Nuevo despertó en medio de la noche. Había tenido una pesadilla, la primera en mucho tiempo desde que abandonara la medicación.

Dejándose guiar por un impulso se puso la bata y descendió con sigilo hasta la bodega. Sin hacer ruido abrió la puerta de bisagras engrasadas que comunicaba con el pasadizo de las tres habitaciones. Todas las luces deberían estar apagadas, pero en la habitación del fondo, el laboratorio, brillaba un resplandor.

Lorenzo se acercó paso a paso, conteniendo la respiración.

Sócrates estaba activado, incorporado parcialmente sobre sus brazos metálicos, su cuerpo sin piernas alzado en el aire. Sus ojos láser centelleaban en la oscuridad y su mirada se concentraba en la pantalla del ordenador, al cual estaba conectado por el habitual cable en la nuca; pero otro cable que Lorenzo nunca había visto antes conectaba al ordenador con el pecho de Sócrates, allí donde se encontraban sus misteriosos «órganos generadores».

Lorenzo se retiró en silencio y volvió a su habitación para acostarse. Se durmió casi de inmediato, sintiendo la seguridad inquieta del que está a punto de colocar la última pieza de un complicado rompecabezas.

Acuario (piernas)

Febrero fue tan duro como el mes anterior y no cesó de nevar durante días. La temperatura era muy baja y el aliento de Lorenzo formaba nubes de vapor mientras trabajaba en su laboratorio.

Las piernas de Sócrates estuvieron listas al final de la primera semana. Al insertar una amatista en un circuito de la cintura, Sócrates se activó con la brusquedad habitual. Todo su cuerpo parecía brillar con un aura sobrenatural. Sus ojos eran dos bolas de fuego rojo y de su boca surgía un intenso resplandor blanco cada vez que movía la mandíbula inferior.



—Siento el poder recorrer este cuerpo.— dijo el autómatas con potente voz— Cuando hayas ensamblado los pies el circuito estará completo y podré moverme sin miedo a perder mi energía.

—Me alegra verte tan contento. Quizás estés dispuesto a contestar a otra ronda de preguntas.

—Tu curiosidad es insaciable, pero mi deuda contigo es grande. Contestaré a todas tus suspicaces cuestiones.

—Me doy cuenta de que tu forma de expresarte está cambiando. Ahora tiene muchos más matices. Sobre todo ironía.

—Sí, tienes razón. A medida que me acostumbro de nuevo a este cuerpo me siento más seguro y recaigo en antiguos hábitos. La «ironía», como tu la llamas, fue algo que siempre me gustó del viejo Sókratés.

Lorenzo lanzó una pregunta directa, casi antes de que el androide terminase de hablar.

—¿Por qué Tomás de Aquino desconectó al autómatas y después lo ocultó en aquel cofre, emparedado bajo tierra?

—Una de las razones por las que sugerí la construcción de esta casa de metal era la de evitar las acusaciones de brujería y herejía contra mi anfitrión. Mi influencia directa sobre Alberto Magno, al igual que con otros muchos, desestabilizaba su psique y le inclinaba a inquietudes intelectuales excéntricas, tales como la alquimia o la magia. Al trasladarme a un cuerpo mecánico le protegería de la locura y del recelo de sus contemporáneos. Pero no sirvió para calmar las sospechas de su mejor alumno que al final le convenció para desmontarme, aunque Tomás hubiera preferido destruirme por completo.

—¿El hecho de que te ocultaran bajo tierra no tenía nada que ver con aquella vez que quedaste prisionero en una pirámide?

—No. Además, tarde o temprano hubiera escapado como en efecto hice.

—Dos veces.

—Sí, dos veces.

—En el cofre donde encontré las piezas del autómatas había una inscripción. AP 131415. ¿Significaba algo para ti?

Sókratés tardó mucho tiempo en responder. Casi medio minuto.

—Sí. Son los versículos 14 y 15 del capítulo 13 del Apocalipsis.

—«Extravió a los moradores de la tierra para que hiciesen una imagen en honor a la bestia... Fuele dado infundir espíritu en la imagen de la bestia para que hablase la imagen e hiciese morir a cuantos no se prostrasen ante ella.»— recitó Lorenzo.

—Eso demuestra el odio irracional que sentían hacia mí.



Certamen Alberto Magno

—Y también el enorme temor que sentían.

—¿Acaso me temes, Hervás? No te he dado ningún motivo para que me tengas miedo.

—¿Cómo sabes mi nombre? Nunca te lo he mencionado.

La mano derecha de Sócrates se alzó y señaló a la apagada pantalla del ordenador.

—He sacado mucha información de tu disco duro.

—Y de la red mundial.

—Sí, también de ahí. Ha habido muchos cambios en el mundo desde la última vez que estuve en este plano, hace casi medio siglo.

—Sólo dos preguntas más, Sócrates, y te dejaré descansar hasta el día que ensamble el último módulo. ¿Por qué no intentaste que otro de tus anfitriones posteriores a Alberto Magno, con sus mayores conocimientos tecnológicos, volviera a duplicar otro autómata similar?

—Si el autómata primitivo hubiese sido destruido eso sería posible. Pero basta con que alguna de sus partes, con su gema correspondiente, permanezca intacta para que eso me impida sintonizar con nuevas piedras y mecanismos.

Lorenzo asintió. También él había sacado aquella conclusión de la atenta lectura del manuscrito. No podían coexistir dos piezas iguales al mismo tiempo.

—¿Trataste de establecer simbiosis con algún otro humano después de la primera esposa de Einstein?

Sócrates no podía expresar ninguna emoción a través de su rostro impassible de metal blanco. Pero algo en su forma de contestar congeló el corazón de Lorenzo a pesar de lo parco de la respuesta.

—No, en absoluto.

Lorenzo supo que mentía.

Piscis (pies)

Era el 20 de marzo. Hacía casi un año iniciara la construcción del autómata. Y aquel era el último día de plazo para completar el módulo final. Si no quería que todo el trabajo se viniera abajo tenía que ensamblar los pies antes de las doce de la noche. Durante las últimas semanas había trabajado con extrema lentitud y sólo había colocado el pie derecho. El izquierdo, el cual llevaba adosada la última piedra preciosa de las doce, una coralina, estaba a buen recaudo en un escondrijo secreto fuera de la casa.

Esa mañana se levantó temprano. Al terminar de vestirse guardó algo en el bolsillo derecho de su pantalón. Bajó silbando hasta el labora-



torio. Sócrates le estaba esperando, incorporado parcialmente. Nada más verle entrar le alargó un fajo de folios repletos de una escritura menuda y apretada.

—¿Qué es esto?— preguntó Lorenzo al tiempo que cogía los folios que le ofrecían.

—Todos los pasos de la teoría del campo unificado y las correcciones de la ley de la relatividad general, tal como te prometí.

—Muchas gracias.

—¿Por qué has esperado hasta el día de finalización del plazo para ensamblar la última pieza? Pones en peligro todo tu trabajo. Si surgiese alguna dificultad y no pudieses terminarlo antes de las doce de hoy mi energía se disiparía y este cuerpo de metal quedará inútil para siempre. Las piedras perderán parte del poder necesario y nunca podrás volver a utilizarlas. Tendrías que destruirlas y empezar desde cero.

—Ya me lo imaginaba.

—Puedes darme el pie a mí. Yo mismo puedo montarlo en cuestión de minutos.

—Seguro que te gustaría. Has estado buscando por toda la casa estas noches pasadas hasta el punto de agotar casi todas tus reservas de energía. He escuchado tu andar cojeante de un lado a otro. Es difícil ser sigiloso cuando se es una mole de metal de un metro sesenta de altura y unos setenta kilos de peso. ¡Y sin un pie!

Sócrates guardó silencio. Sus manos se abrieron y cerraron varias veces.

—¿Qué quieres de mí?— preguntó al fin.

—Quiero la verdad.

Algo parecido a una carcajada inhumana surgió de la boca de Sócrates.

—¡La verdad! ¿Y qué es la verdad?

—No me vengas con citas bíblicas. Yo te diré cuál es la verdad. Eres algún tipo de forma de energía viviente, intelecto puro sin existencia física. Y odias a los seres humanos, al igual que una mariposa podría despreciar y odiar a una fea oruga que algún día podría eclipsar su belleza. Deseas destruir a la humanidad, pero paradójicamente no puedes influir en esta realidad sino es a través de las mentes de los mejores intelectos de la raza humana. Guías sus mentes privilegiadas inspirándoles sutilmente, pero también pervirtiendo sus conocimientos para que resulten dañinos para el resto del mundo. Cuando tus anfitriones descubren tu verdadera naturaleza los destruyes, como hiciste con Sócrates, o los enloqueces.



Certamen Alberto Magno

—Eres muy perspicaz, Hervás. ¿Crees ser uno de esos elegidos?

—Sí, estoy seguro de ello.

—¡Toda una muestra de modestia! Pero tienes razón. Has sentido desde hace mucho tiempo los efectos perniciosos de mi influencia. ¿Verdad que sabes a que me refiero, pobre loco?

Lorenzo siguió hablando sin hacer caso de las feroces palabras de Sócrates.

—También estoy seguro que influiste en Einstein, al igual que con Newton en el pasado, para que la humanidad descubriese la energía atómica y provocar su destrucción. Con Newton fracasaste porque le diste demasiada información de golpe; había demasiada diferencia con el desarrollo y mentalidad de la época.

Con Einstein tus planes se vieron frustrados por su divorcio y la pérdida de tu poder sobre él. Furioso buscaste otro objetivo... ¡y elegiste a Hitler! La consecuencia fue la Segunda guerra Mundial. Pero también te salió mal. Los alemanes no lograron fabricar la bomba atómica y no hubo holocausto nuclear.

—Hitler era un patético perdedor. Si lo hubieras visto cuando no era más que un miserable pintor bohemio que mendigaba por las calles... Compartíamos el odio por los judíos, uno de los pueblos que más cerca ha estado de desenmascaramme, ya en tiempo de los faraones. Muchas de sus leyendas están inspiradas en mí, como la del Golem. Quizá por eso no logré influir en Einstein para que sentara las bases de la utilización de la energía nuclear a tiempo de ser utilizada por los nazis. Su raza es demasiado desconfiada.

—Y también sé por qué convenciste a Alberto Magno para construir el autómatas. Pensaste que un recipiente inorgánico como este sería perfecto para tus fines. Quizá te dio esa idea la experiencia de quedar atrapado en el cuerpo muerto de un faraón. Los seres humanos siempre se resistían a tu control tarde o temprano, pero un androide sería el instrumento perfecto. Sabías que la humanidad, en su progreso continuo, construiría máquinas cada vez más perfectas y potentes. Tú esperarías pacientemente en tu refugio de acero inmortal hasta que llegase el día en que pudieras aprovecharte de ese progreso para destruir la raza humana. Por eso le dictaste el manuscrito a Alberto Magno, haciéndole creer que eran fórmulas alquímicas. Sabías que algún día podrías manipular a alguien para que descubriese el manuscrito e hiciese realidad tus diseños. Una vez que yo hubiera completado tus circuitos podrías transmitir toda tu energía a través de ellos a la red informática mundial. ¡Para eso sirven tus órganos generadores! ¡Te apoderarías del mundo a



través de todos sus ordenadores, como un virus viviente! Redes militares, bolsas internacionales, silos de misiles nucleares... Todo estaría bajo tu control y listo para ser utilizado contra la humanidad. Así la raza humana nunca lograría alcanzar tu grado de poder y de conocimiento y podrías reinar para siempre en la soledad de un universo estéril, sin vida inteligente.

Sócrates se movió con cegadora rapidez. Lorenzo movió su brazo hacia el bolsillo de su pantalón, pero el autómatas ya había saltado de la mesa y sus garras aceradas hicieron presa en sus antebrazos. Los poderosos dedos de frío metal estrujaron la carne y Lorenzo pudo sentir como se astillaban sus huesos.

—Todo lo que has dicho es cierto— atronó la voz del androide— Hasta puede que te hayas dado cuenta de que mi forma parodia a la descripción de Cristo en el Apocalipsis, capítulo 1, versículos 6, 14 y 15. Siempre me divertió como los hombres presentían de forma inconsciente mi existencia y me identificaban con el mal de sus corazones, llamándome diablo y demonio. Eres tan listo como el joven Tomás de Aquino, que casi estuvo a punto de desbaratar todos mis planes al imaginar una ínfima parte de la verdad. Pero al desmontar el autómatas me liberaron; y al esconder intactas las piezas me dieron la oportunidad de intentar ocuparlas de nuevo; como así fue gracias a tu amable y desinteresada ayuda. Ahora te obligaré a decirme donde está mi última pieza y después te despedazaré miembro a miembro. Tú me has ensamblado y yo te corresponderé desmontándote para siempre.

Sócrates se rió con un alarido gutural que hizo sangrar los oídos de Lorenzo. Las pantallas de los ordenadores estallaron en mil pedazos.

—¡Nunca te lo diré!— gritó Lorenzo al tiempo que escupía en la cara del autómatas.

—¡Yo soy el alfa y el omega!— exclamó Sócrates con un chillido humano de metal retorcido— MAHDI EL BAB. LUCIFER.— una jergonza infernal surgía incontrolable de la boca resplandeciente de la furiosa entidad— RAPHEL MAÎ AMECH ZABÍ ALMÍ. GOETTERDAEMMERUNG. OH-MAGA-TSUMI. NYARLATHOTEP.

Lorenzo luchó inútilmente contra las manos de acero que aprisionaban sus brazos. Finalmente, con un esfuerzo sobrehumano, liberó su brazo derecho, produciéndole tal acción brutales desgarros en la carne del antebrazo. Cogió un pequeño mando de infrarrojos de su bolsillo. Pulsó un botón. El detonador plástico que Lorenzo había ocultado en el cráneo de Sócrates meses atrás se activó y la cabeza del androide estalló.



Parte 3: Espíritu

«¿No será, más bien, que ese espíritu se sirve de aquel órgano físico que es el autómeta, para que lo que existe en su interior, salga a la luz del día y resuene de forma que todos puedan oírlo, despertando al mismo tiempo idénticas resonancias, y luego, en armoniosa música, descubran al espíritu ese reino maravilloso, de donde proceden los acordes como encendidos rayos?»

Die automaten. E.T.A Hoffman

El autómeta yacía en un amasijo de metal fundido. Chispas aisladas surgían en pequeñas explosiones de la pantalla del ordenador totalmente destruida. Un humo negro llenaba la habitación con un manto asfixiante y cegador.

Lorenzo Hervás se levantó con dificultad. Sentía la sangre fluir copiosa de las heridas de su cuerpo y la piel de su rostro y brazos le escocía debido a las grandes quemaduras que la cubrían.

Salió de la habitación y se apoyó en la fresca pared de piedra del pasillo. Apenas pudo dar unos pocos pasos vacilantes antes de caer al suelo.

«Sócrates ha muerto» repetía su mente con insistencia obsesiva. Era el único pensamiento que cabía en su cabeza.

Pero enseguida se desengañó. Era la emoción del momento y el falso orgullo lo que le llevaba a creer que él, insignificante mortal, podía haber sido capaz de aniquilar a una fuerza intemporal tan poderosa. Sócrates no podía ser asesinado; no podía ser borrado de la faz de la tierra y de la mente de los hombres con una simple explosión y la destrucción de unos pocos hierros soldados. Pero al menos había sido expulsado por un tiempo. Había logrado frustrar sus planes; planes inhumanos, monstruosos, en los que él había sido un colaborador involuntario. Una vez más la humanidad había ganado la batalla. Mientras la última pieza del autómeta, su pie izquierdo, estuviera a buen recaudo, Sócrates nunca podría volver a intentar construir otra máquina infernal.

Lorenzo volvió a levantarse con gran esfuerzo y se alejó del creciente calor de las llamas que comenzaban a asomar por la puerta del destruido laboratorio.

Subió las escaleras de la bodega seguido por una espesa humareda. Cuando llegó al vestíbulo tosía violentamente y sus ojos lagrimeaban irritados. Forcejeó unos instantes con las hojas de la puerta de entrada. Un dolor intenso recorría su antebrazo derecho y se dio cuenta de que lo tenía roto por varios sitios. Un movimiento brusco estuvo a punto de



hacerle perder el conocimiento en medio de oleadas de dolor. Al fin la puerta se abrió y pudo salir al exterior. Sólo alcanzó a recorrer unos metros antes de caer agotado, justo al borde del diminuto riachuelo que corría al lado del camino. Sumergió su cabeza en el agua y sintió como su frescura aliviaba su piel quemada y su garganta reseca.

Al levantar su rostro hacia el cielo sintió los rayos del sol a través de las ramas de los árboles. Cegaron con sus destellos unos ojos habituados a la penumbra perenne del laboratorio subterráneo. También sintió el suave calor del día acariciándole la cara.

El viento sopló alejando la humareda del incendio hacia el poniente y agitó sus ropas andrajosas y sus cabellos chamuscados.

Toda la planta baja de la casa estaba envuelto en furiosas lenguas anaranjadas que surgían de las ventanas, lamiendo los muros ennegrecidos.

A Lorenzo ya no le importaba ese espectáculo dantesco.

Una idea había resurgido en su mente.

¿Y si todo había sido un sueño, una elaborada fantasía de su psique enferma? El mismo lo había imaginado todo; se había causado aquellas heridas y prendido fuego a su propia casa... todo era tan irreal.

Se tendió boca arriba y miró hacia el trozo de firmamento visible entre las hojas sobre su cabeza, plagado de pequeñas nubes grises. Una ave volaba muy alto, una mota insignificante navegando en un mal azul e infinito.

A medida que el crepitar de las llamas iba en aumento, todos sus sentidos se fueron inundando del mundo como si nunca en su vida hubiera percibido nada real y esta fuera la primera vez que abría sus ojos a la realidad. El universo parecía un lugar nuevo, extraño y milagroso; pero sobre todo escuchó el latido regular y cada vez más pausado de su corazón, el rumor lejano de su sangre en los oídos, el apagado suspiro de su respiración.

Y en ese momento comprendió, sorprendido de no haberlo hecho mucho antes cuando siempre estuvo tan cerca la respuesta, cual era la verdadera naturaleza de las cosas.